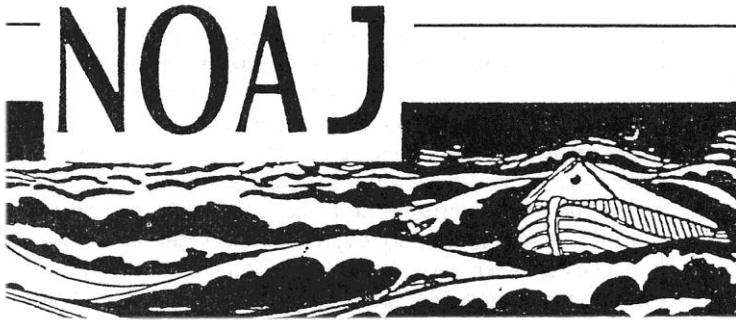




Año II, N°. 2, julio de 1988

Costantini, Humberto. "Rapsodia de Raquel Liberman". pp. 76-81

**Humberto
Costantini**

Humberto Costantini
(1926-1987)

Narrador, poeta, dramaturgo argentino.

Publicó: De por aquí nomás; Un Señor alto rubio, de bigotes;

Tres Monólogos; Cuestiones con la Vida;

Una vieja historia de caminantes;

Háblenme de Funes; Libro de Trelew;

Más cuestiones con la vida; Bando; Una

pipa larga, larga, con cabeza de jabalí;

De dioses, hombrécitos y policías; La larga

noche de Francisco Sanctis; En la noche;

Chau Pericles. Su novela póstuma —

Rapsodia de Raquel Liberman — se editará

próximamente en varios idiomas.

Rapsodia de Raquel Liberman

*** Especial para Noaj; enviado por Violeta Alba Costantini**

(Fragmentos del cap. I de la primera parte y cap. I y II de la segunda parte de la novela inédita y póstuma de H. Costantini. Noaj agradece a su hija Violeta la autorización de su publicación).

La historia de Raquel Liberman, de los arrabales de la ciudad de Lodz, en Polonia, quien a los 28 años de su vida, desde un prostíbulo de la calle Valentín Gómez, en Buenos Aires, libró su batalla, hizo lo recto a los ojos de Adonai; humildemente, esto es sin vanagloria, y sin creerse superior a ninguna de las otras pupilas, y sin alardear de coraje puesto que no sabía si el coraje habría de acompañarla hasta el fin, libró su batalla, y levantó bandera de dignidad; no pronunció grandes palabras, no dijo "levantaré bandera de dignidad", sino que, sencillamente, tal vez sin comprender a fondo el significado cabal de sus actos, pero sí sabiendo muy bien que cada uno de sus actos podía ser para ella causa de persecución y de muerte, levantó bandera de dignidad, clavó un solitario estandarte de dignidad en medio de un gran pantano de vergüenza y oprobio.

Raquel María Liberman, hija de Sofía Domb, de los Domb de la ciudad de Lukow, en el estado de Lublin, que tenía fama por sus mujeres virtuosas, ricas en bosques y conejos y cervecerías; hija también del difunto Abraham Liberman quien murió de pulmonía dos años antes de terminar la guerra, y había sido toda su vida obrero en la fábrica de láminas y caños del cracoviano Isaac Goldemberg, cuyos gansos, sacados a pasear todas las tardes por la calle Franchiscane, de Lodz, eran el orgullo de Isaac Goldemberg, el industrial, y seguramente los más bellos de Polonia.

Este es pues el relato de los hechos de Raquel Liberman, mercadería desembarcada el 5 de abril de 1920 en el puerto de Buenos Aires, conocida por los clientes como Lumia, o Sara, o Shaia, quien, en mayo de 1930, o sea después de ejercer duramente e ininterrumpidamente el oficio, se rebeló y acató su verdadero destino; lo mismo que Cristo, Uriel Acosta o la Doncella de Orléans, oyó palabra desde lo alto, y la palabra era de desobediencia, y de

lucha, y de despojamiento de todo temor, y ella sola enfrentó a los poderosos, desafió a los detentadores del poder, a los prevaricadores y compradores de jueces, a los dueños de todo sobre la tierra.

Y en el momento en que Raquel Liberman, la nacida en una pobre casa del distrito de Lodz, llevó a cabo la acción debido a la cual su nombre ha de ser recordado, vale decir, cuando ella misma conoció al fin su verdadero nombre, tenía veintiocho años, y había recorrido ya más de una decena de prostíbulos en la Capital y en la Provincia de Buenos Aires; había conocido golpes, y amenazas de muerte, y amenazas de marcas en la cara; había conocido encierro, y hambre, y vejaciones, y envió a lugares de castigo y aniquilamiento; había conocido también la muerte violenta de varias compañeras y era prostituta de veintiséis clientes diarios en el prostíbulo de José Salomón Korn, llamado El Arenque.

... Y sucedió que el día 5 de abril de 1920, a las diez pasadas de una mañana cálida, húmeda y neblinosa, Raquel Liberman y el rufián Jaime Cissinger descendieron de un coche de alquiler, o más bien, de un carro tirado por dos caballos, frente a la puerta de una casa de pensión situada en el número 442 de la calle Junín, en el barrio de Once, en Buenos Aires...

...Y esa pensión pues, esa vieja y enorme casa de la calle Junín 442, propiedad de una mujer gorda cuyo nombre era Zelda Gurtestein, y a quien llamaban doña Zelda y también Mímesche Zelde, fue la primera vivienda que alojó a Raquel Liberman en el país de los palacios dorados, y los pavos reales y los ricos sultanes negros cabalgando en el medio de la pampa; en la penúltima pieza de la planta baja de ese largo edificio de dos pisos situado en la calle Junín entre Lavalle y Corrientes, fue provisoriamente depositada, con el objeto de comenzar de inmediato su proceso de

ablandamiento, la nueva mercadería obtenida con crédito de la Sociedad Varsovia de Socorros Mutuos, transportada en el Provençe, y recientemente desembarcada en el puerto de Buenos Aires.

Y la nueva mercadería recibió, a poco de entrar en la casa de Mímesche Zelde, precisas instrucciones de parte de su diligente y atareado prometido y la primera de ella fue que, por ningún motivo, se moviese de esa habitación donde quedaría descansando hasta que él, su amante prometido regresase, pues — según concedió en aclarar Jaime Cissinger con gestos de preocupado hombre de negocios — él tenía muchísimas cosas que hacer esa mañana, y por lo tanto era preferible que ella, su novia, se quedase esperándolo en la pensión; y la segunda instrucción que recibió Raquel Liberman esa mañana fue que no se olvidara de sacar de las valijas un poco de ropa, puesto que ellos sólo permanecerían en esa pensión unos pocos días, así que no valía la pena que deshiciera todas las valijas; y una vez que hubo impartido esas órdenes, Jaime Cissinger echó sobre sí mismo una evaluadora mirada en el espejo colgado en la pared, corrigió la inclinación de su sombrero, se ajustó el nudo de la corbata, tocó con la punta de los dedos el pañuelo que asomaba por el bolsillo de su saco, y abandonó la habitación; mientras como al pasar, murmuraba algo acerca de su retorno “a eso de la una”; y luego de lo cual abandonó precipitadamente la habitación en casa de doña Zelda, esta vez sin mucho taconeo ni balanceo de hombros, y sin siquiera dar un beso y casi sin saludar a su prometida; tan apurado y lleno de preocupaciones debía estar el infatigable empresario Jaime Cissinger..

...Y Raquel Liberman se quedó sola en esa pieza de techos altísimos, y puerta de dos hojas y postigos, que daba hacia un largo patio de baldosas amarillas, el cual estaba casi vacío pues en

toda su extensión sólo se alcanzaba a ver un par de macetones con helechos, uno sobre una rejilla y contra la pared medianera, y el otro junto a una columna de hierro, esto si se descontaban una escoba y un cepillo tirados por ahí y un bulto de ropa de cama dejada momentáneamente en el suelo por alguien que estaría haciendo la limpieza de un cuarto; y miró hacia el techo de la habitación Raquel Liberman, y vio que el techo tenía grandes manchas de humedad y numerosas grietas, y vio que las grietas y las manchas de humedad formaban extraños dibujos, y vio que desde el alto techo de la habitación pendía una pantalla con armazón de alambre y tela de color rojo vivo, y que del borde de la pantalla pendían adornos hechos con bolitas de madera también de color rojo...

...Durmió profundamente Raquel Liberman durante más de una hora, y cuando despertó se sorprendió y se asustó al principio al verse en esa pieza desconocida; y luego se restregó los ojos, y se sentó en la cama con los pies apoyados en el suelo, y miró su baúl en cuyo fondo estaban los dos juegos de sábanas que su madre había envuelto en varias hojas de papel que había acabado de acomodar, y miró las partículas de polvo que se movían como bichitos en los rayos del sol de mediodía que reflejaban los vidrios de la banderola, y bostezó, y se dirigió hacia la puerta pues deseaba ir al baño y orinar, y lavarse la cara, y peinarse, y caminar un rato por el patio; y deseó también asomarse a la puerta de calle, y si es que se animaba, salir a la calle, y mirar las veredas, y los árboles, y la gente que pasaba por las veredas, y divertirse oyéndolas hablar ese extraño y difícilísimo idioma llamado castellano, y deseó que Jaime Cissinger llegara pronto de sus obligaciones pues en verdad tenía mucho apetito; pero sucedió que cuando, con un peine en la mano y una toalla, movió el picaporte de la puerta, se

dió cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave; seguramente Jaime Cissinger por distracción había echado llave a la puerta en el momento de irse, pensó Raquel Liberman.

Debido a lo cual hubo cierto alboroto en la pensión de la calle Junín pues ocurrió que la flacucha esa de la pieza del fondo, la recién desembarcada, la nueva pensionista de la respetable Zelda Gurtestein, sin ningún respeto por el lugar donde se encontraba, empezó a dar fuertes golpes en la puerta con la palma de la mano, y a gritar en idish que viniera alguien inmediatamente a abrir esa maldita puerta, pues su marido (así dijo Raquel Liberman) involuntariamente había cerrado con llave al salir, y se había llevado la llave; y daba golpes y patadas en la puerta Raquel Liberman, y gritaba cada vez más fuerte pues nadie se tomaba la molestia de acudir a sus llamados; y la escandalosa pensionista de la penúltima pieza pregunta a los gritos si eran todos sordos en esa estúpida pensión, y que si lo que querían era que ella rompiera de un buen sillazo los vidrios de la puerta, eso era justamente lo que iría a hacer dentro de dos minutos exactamente...

...Y ocurrió entonces que después de mucho golpear la puerta, y desgañitarse, y cuando ya estaba a punto de cumplir su amenaza del sillazo, Raquel Liberman alcanzó a divisar a través del vidrio de la puerta que allá, por el otro extremo del largo y solitario patio, se acercaba muy lentamente, caminando con pausada dificultad a causa de su inmensa gordura, esa mujer a la que Jaime Cissinger había llamado doña Zelda en el momento de entrar en la pensión; y la voluminosa dueña de la acreditada pensión de la calle Junín entre Corrientes y Lavalle, donde los rufianes solían llevar a las mujeres recién desembarcadas, y donde solían hospedarse también los rufianes de poca categoría cuando llegaban a Buenos Aires desde el interior a fin de adquirir nueva mercadería,

la gorda doña Zelda, también llamada por algunos Mímesche Zel-de, venía envuelta en un vasto batón celeste de mangas muy anchas, y venía balanceándose, y avanzando despaciosamente con movimientos de barco, surcando poco a poco pero inexorablemente ese desierto patio de baldosas amarillas, abriéndose rumbo majestuosamente como un transatlántico en medio del océano.

Y calzaba doña Zelda unas anchísimas alpargatas negras convertidas en chancletas, y sobre sus pies desnudos, hinchados como pequeños almohadones de satén, le caían desde los inexistentes tobillos una especie de rollos de carne también tersa y rosada que se movían a cada uno de sus pasos. Y prosiguió avanzando, navegando hacia adelante doña Zelda, y entonces Raquel Liberman pudo verla de más cerca; y los ojos de doña Zelda, casi invisibles, eran dos finas hendiduras o tajitos hechos con un cuchillo muy afilado sobre su cara blanca, abotagada y como de enferma; y sus mofletes como rellenos de gelatina, pendían, no sin cierta gracia, a ambos lados de su carita sin huesos, y se perdían, como los ríos van a perderse al mar, en los enormes rollos blanquísimos y también gelatinosos de su cuello y de su pecho inabarcable; y en medio de todo, casi oculto entre sus dos blancos, tersos y movezcos mofletes, aparecía un pequeño y rosado mentón como una guinda hundida en un merengue.

Y doña Zelda hacía tintinear un manojo de llaves en una de sus manos regordetas, la cual sobresalía apenas dos o tres centímetros de la amplia manga de su batón celeste; y con la otra mano, mientras su cuerpo proseguía su viaje en dirección a la pieza de Raquel Liberman, hacía señas a esa gritona de que se callara de una vez, y que dejara ya de armar semejante escándalo, y si no veía que ya se estaba acercando ella, Mímesche Zelde, para solucionar todos sus idiotas problemas; y continuó navegando pausa-

damente doña Zelda a través de ese océano embaldosado y amarillo, hasta que por fin giró lentamente a babor, paró máquinas, y echó anclas frente a la puerta de la penúltima pieza; entonces arrimó su mantecoso rostro al vidrio para echar una ojeada al interior, y luego metió una enorme llave en la cerradura y dió dos vueltas, y abrió finalmente la puerta; y con una voz algo agitada a causa de la larga travesía preguntó en idish qué demonios estaba pasando en ese bochinchero cuarto, y quién era la mocosa, chillona y mal educada que pretendía hacer pedazos el vidrio de su puerta.

...Y fue entonces que Mímesche Zelde, ex prostituta arribada a la Argentina en setiembre de 1905 para ejercer el oficio por propia voluntad; la muchacha que había viajado desde Gdansk, sobre el Báltico, en compañía de su hombre el joven rufián Isafás Gotlieb, el cual habría de morir de tuberculosis en junio de 1906; la ex pupila de una veintena de prostíbulos de Buenos Aires, de Campana y Rosario; la en otros tiempos muy hermosa Zelda Gurtestein, explotada primero por Isafás Gotlieb, luego por Busch Karma-sin, llamado el negro, un cracoviano que la castigaba duramente, y le hacía pasar hambre, vendida luego en remate por dos mil trescientos pesos a un agente del millonario Simón Rubistein (contrabandista de seda, propietario de cuarenta prostíbulos y futuro fundador de la *Aschkenasum*, escisión de la *Varsovia*), Zelda Gurtestein, quien después de haber trabajado ocho buenos años para Simón Rubistein (y de haber sido favorita del odessiano Simón Rubistein durante un breve primer período de casi cuatro meses, en el que fue lucida como una reina, y presentada como esposa de Simón Rubistein en las fiestas que organizaba la Sociedad) debió retirarse del oficio a causa de su gordura imparable y enfermiza y de un mal al corazón; la respetada Mímesche Zelde quien, con el

dinero ahorrado en sus muchos años de trabajo, había comprado esa pensión en la calle Junín; la persona de confianza entre los que dirigían la **Varsovia** (y más adelante entre los que habrían de dirigir la **Ashkenasum** y la **Zwi Migdal**) pero orgullosamente libre en ese momento desde que con relativa generosidad, la había licenciado el poderoso Simón Rubinstein; Zelda Gurtestein, pues, llamada en ese tiempo doña Zelda, y también Mímesche Zelde, esa quien se hallaba peligrosamente sumergida en la gran cama de bronce, preguntó primero el nombre de esa muchacha que se dirigía a ella de esa manera tan poco cortés, y repitió el nombre de Raquel Liberman varias veces como para no olvidarlo, y luego con tiernas, sabias y elegidas palabras a fin de no causar inútil dolor a la tontita de su pensionista, con el tono casi cristalino de su voz, ese mediodía del 5 de abril de 1920, explicó a Raquel Liberman la verdadera razón por la cual ella se encontraba en ese momento en Buenos Aires.

Con su voz extraordinariamente joven comenzó a hablar Zelda Gurtestein; pero antes de seguir, obligó a la orgullosa muchacha a que se sentara en una silla frente a ella; y entonces, tomándole por momentos las manos, y por momentos acariciándole tiernamente el cabello, diciéndole repetidas veces “querida”, e “hijita”, y “mi pequeña tonta”, se dirigió Zelda Gurtestein a Raquel Liberman; y sin ocultamientos, y sin estúpidos pudores, y sin dramatismo, con el tono monótono de quién se ha visto obligada a explicar lo mismo muchas veces, dijo Zelda Gurtestein a Raquel Liberman toda la verdad acerca de su situación, y acerca del entendible motivo de su encierro; y declaró entonces doña Zelda por qué había escupido tan horrible insulto sobre el cretino, bastardo de Jaime Cissinger; y el motivo era que el imbécil, afeminado y pijo de Jaime Cissinger había procedido exactamente de la misma

manera inmoral y canalla con que procedían muchos de sus paisanos; eso era que no había traído a Raquel Liberman a Buenos Aires diciéndole toda la verdad, diciéndole “en Buenos Aires tú vas a ejercer la prostitución para mí”, como lo había hecho con ella el difunto Isaías Gotlieb (que Adonai le concediera la paz que él se merecía) sino que Jaime Cissinger había procedido como proceden los roñosos, y los arrastrados y los miserables, esos que enamoran a las tontísimas muchachas judías de Polonia, y de Rusia, y de Austria, y de Lituania, y de Rumania, y se decían sus novios y sus prometidos, y hablaban cínicamente con sus familias, y luego se llevaban las muchachas a Buenos Aires totalmente engañadas, seducidas con sus falsas promesas de matrimonio.

...Y con ese su modo pues, con sencillas palabras, con palabras de comprensión, y de ternura, y de sabiduría, y de indestructible esperanza a pesar de todo, habló largamente Zelda Gurtestein a Raquel Liberman; y sin ocultarle lo grave de su situación, hizo conocer a Raquel Liberman con exactitud cómo sería su vida a partir de ese momento, y cual habría de ser su manera de vivir, y de comer, y de comportarse, y de cumplir sus obligaciones durante los difíciles primeros meses; y no solamente de contratiempos, y trabajos, y previsibles estados de ánimo, y rutinas, y días de descanso habló doña Zelda, sino que también alertó a Raquel Liberman sobre los peligros, y engaños y tentaciones, y también hizo saber cuál era la mejor manera de separar para ella, a escondidas de su rufián, una parte del dinero recibido por su trabajo; y hasta sobre el uso del permanganato, y sobre la manera de evitar la preñez, y sobre la manera de conocer las malas enfermedades habló Zelda Gurtestein esta tarde en la penumbra de la habitación número 15 de la pensión de la calle Junín, mientras un rayo de

sol en el que se movían millones de puntitos brillantes dibujaba un perfecto redondel sobre la mesada de mármol de la cómoda.

...Pero ante la sorpresa de doña Zelda ocurrió que la nueva pensionista de la pieza número 15, esa muchacha llamada Raquel Liberman, no se largó a llorar escandalosamente o silenciosamente como lo hacían casi todas las recién llegadas después de escuchar la verdad por boca de doña Zelda; no derramó lágrimas la nueva pensionista, ni gritó, ni desgarró sus ropas, ni sufrió desmayo, ni juró por su madre que jamás lograrían lo que se pretendía de ella, ni huyó despavorida hacia la calle, ni se encerró en el baño y amenazó matarse ante la revelación de Mímesche Zelde; no hizo nada de eso Raquel Liberman sino que, con la mirada fría, clavada en los labios de Zelda Gurtestein, y con las mandíbulas apretadas fuertemente hasta el punto que podía verse cómo los músculos de su cara se contraían bajo su piel, y la respiración por momentos parecía hacerse dificultosa, y las manos entrelazadas sobre la falda, escuchó con atención cada una de las palabras de Zelda Gurtestein.

...Y fue también durante esa misma inolvidable tarde del 5 de abril de 1920, dos meses y tres días antes de que cumpliera dieciocho años, cuando Raquel Liberman oyó por primera vez en su vida, de labios de una ex prostituta, la misteriosa palabra "Sociedad"; misteriosa evidentemente puesto que Zelda Gurtestein había bajado mucho la voz al pronunciarla como si temiera que alguien estuviera escuchando detrás de las paredes: y dijo Zelda Gurtestein que la Sociedad solía enviar falsos salvadores a fin de conocer los pensamientos y los planes de las mujeres a quienes consideraban sospechosas; y Raquel preguntó qué era eso de la Sociedad, y Zelda Gurtestein le hizo señas de que no hablara tan alto, y sólo dijo, bajando aún más la voz, que la Sociedad era po-

derosa, y que jamás perdonaba, y que perseguía hasta la miseria y la destrucción a quienes intentaban desobedecer sus órdenes.

...Y con las mandíbulas apretadas, y los labios inmóviles, y los ojos fríos y como sin expresión había escuchado Raquel Liberman todas las palabras salidas de la boca de Zelda Gurtestein; y afirmó levemente con la cabeza Raquel Liberman como una niña cuando escucha la lección de labios de su maestra; y miró luego con alucinada fijeza las maderas del piso, y entrecerró los ojos, y respiró hondo, y pronunció la misma palabrota en idish que Zelda Gurtestein había pronunciado hacía un momento.

Mas es necesario que esto quede formalmente escrito — no lloró esta tarde Raquel Liberman luego de escuchar las palabras de Zelda Gurtestein en la pieza de la pensión de la calle Junín 442 cerrada con doble vuelta de llave; quede para siempre registrado en cambio que Raquel Liberman tomó el borde del cubrecama rosa, y despaciosamente comenzó a apretarlo, y a retorcerlo mientras se prometía a sí misma que no habría de llorar, que nadie se envanecería de haber visto llorar — esa tarde por lo menos — a la hija de Sofía Liberman; ni siquiera esa mujer gorda de voz límpida y acariciadora, quien tal vez sí se estaba complaciendo de ella, y le estaba ofreciendo su cariño, y su comprensión y su ayuda...

